



CAPITULO X.

FIN DEL VIAJE.—DE JERICÓ Á BETHANIA.

Al aproximarse á Jerusalem, los discípulos no podían librarse de una vaga ansiedad. Los peligros que allí amenazaban al Maestro, les volvieron al pensamiento. Hubo una hora conmovedora, solemne, cuya tristeza permaneció profundamente grabada en el recuerdo de uno de los testigos.

Jesús caminaba adelante; los discípulos seguían silenciosos, llenos de estupor y de temor. ¹

El llamó aparte á los Doce ² y les dijo:

—“Nosotros subimos á Jerusalem; todo lo que los Profetas han escrito respecto al Hijo del Hombre va á cumplirse. El será entregado á los Príncipes de los sacerdotes, á los Escribas y á los ancianos, y ellos le condenarán á muerte. En seguida, ellos le entregarán á los paganos para ser insultado, flagelado y cubierto de salivas; y después de que ellos le hayan azotado, le crucificarán; y, el tercer día, él resucitará.”

Jesús había ya, en dos ocasiones, anunciado solemnemente

¹ Marc., X, 32.

² Mat., XX, 17-19; Marc., X, 33-34; Luc., XVIII, 31-39.

á sus apóstoles su suplicio, su muerte y su resurrección: la primera vez, yendo á Cesarea, después de la escena en que Pedro le había llamado el Mesías, el Hijo de Dios vivo; la segunda vez, al bajar del Thabor y volviendo á Capharnaum. El lo anuncia hoy, por la tercera vez, en ese valle del Jordán en donde los cielos se habían abierto sobre su cabeza, en donde el Espíritu había visiblemente manifestado su presencia en él, en donde la voz del Padre le había proclamado su Hijo muy amado, en donde él mismo había dicho: “Me es necesario cumplir toda justicia.”

Este misterio asombroso de expiación y de amor, esa resurrección del mundo por la muerte del Mesías, era para los discípulos un enigma; ellos apartaban su pensamiento tímido; á medida que ellos creían más en la santidad y en la divinidad de Jesús, menos podían admitir su derrota, su suplicio, y su muerte. “Ellos no comprendían nada de esto. Esta palabra les era oculta. Ellos no entendían lo que se les decía.” ¹

Estas palabras de muerte, de resurrección en el tercer día, —aunque ellos no las entendían mejor que las de dolor, desprecio, suplicio y cruz,—traían, es cierto, su pensamiento á la manifestación gloriosa del Reino; y entonces, como acontece á las naturalezas débiles, irresolutas, el abatimiento hacía lugar á la esperanza.

Ellos se decían que el Reino de Dios iba á aparecer, y en la sencillez de sus preocupaciones personales, ellos pensaban en asegurar los primeros lugares. Los padres, las madres, sobre todo, defendían las ambiciones de sus hijos y no temían intervenir cerca del Maestro para solicitarle en su favor.

Las caravanas de Galilea que se dirigían á la fiesta han debido encontrar á Jesús y á los suyos en los alrededores de Jericó. De esta manera se explica la presencia de la madre de los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, en el cortejo de Jesús, y la escena que pasó un poco después del anuncio de la pasión y de la muerte.

¹ Luc., XVIII, 34.

Salomé se acercó á Jesús con Santiago y Juan,¹ y ella se prosternó ante él para hacerle una pregunta.—Maestro, dijeron los dos hijos, con una sorprendente confianza, aunque nosotros os pedimos, queremos que lo hagáis por nosotros.

—“¿Qué queréis?” dijo Jesús.

La madre respondió:—Ordenad que mis dos hijos estén sentados, el uno á vuestra derecha, el otro á la izquierda, en vuestro Reino.

Entregado por completo el pensamiento de su muerte próxima y de su suplicio por el que debía entrar en la gloria, Jesús les recordó á esos apóstoles todavía ambiciosos que no pensaban sino en el fin, olvidando el camino.

—“Vosotros no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el caliz que yo voy á beber? ¿ser bautizados con el bautismo con el que yo voy á ser bautizado?”

Los impetuosos discípulos respondieron sin vacilar:—Lo podemos.

—“El caliz que yo debo beber,” respondió Jesús, “vosotros le beberéis, en efecto, y seréis bautizados con el bautismo con el que yo voy á ser bautizado; pero estar sentados á mi derecha y á mi izquierda, no me pertenece darlo sino á aquellos á quienes ha sido prometido.”

La entrada en el Reino, el grado de mérito de los elegidos, su asiento definitivo en la jerarquía eterna, al lado y abajo del jefe, tienen su explicación suprema en la voluntad de Dios. Esta voluntad está oculta á toda criatura; sólo Jesús la conoce y la revela á la tierra; pero él no la ordena. El la obedece, por el contrario, él no es, en su vida humana, sino el ejecutor fiel.

Al oírle hablar de esta manera á Santiago y á Juan, los otros diez se indignaron contra los dos hermanos. Su ambición había excitado la rivalidad celosa de sus compañeros. Je-

¹ Mat., XX, 20, 28; Marc., X, 35, 45.

sús les llamó. Estas pequeñeces le entristecían; pero su mansedumbre calmaba todo; las faltas mismas que se verificaban á su vista le inspiraban lecciones llenas de oportunidades y de enseñanzas sublimes.

—“Vosotros sabéis,” les dijo, “que los príncipes de las naciones les dominan y que los grandes, en el pueblo, ejercen potestad sobre él. Lo mismo sucederá entre vosotros. El que quiera ser el más grande será vuestro sirviente. Si, el que quiera ser el primero entre vosotros, deberá ser el sirviente de todos.”

Al formular esta ley, una de las más atrevidas y de las más necesarias del Reino de Dios, el Maestro no hace más que revelar su propia vida. El, el jefe de la humanidad nueva, él, el primero y el más grande,—él no ha venido para ser servido, sino para servir y dar su vida, á fin de rescatar la de muchos. El problema de sus humillaciones aparece bajo una luz que le ilumina. El suplicio de Jesús será la redención de un gran número. muriendo, sirve á los hombres; de esta manera es como él reina. Sus verdaderos discípulos no conocerán otra soberanía que la de adhesión en el sacrificio hasta la muerte.

A medida que Jesús avanza en este viaje, la multitud parece haberse multiplicado sobre sus pasos. Cuando él llegó á Jericó,¹ creció aun. Las caravanas de la Perea se reunían á las que descendían de las montañas de Galilea y de los alrededores del lago. En la época de las grandes fiestas judías, la ciudad se llenaba de extranjeros y de peregrinos. Ella fué la última detención antes de Jerusalem. Ella nada tenía del aspecto ordinario de las ciudades del Oriente. En vez de aglomerarse en las casas, se diseminaban á la sombra de los palmeros, de los platanares, de los terebintos y de los sycómoros, en medio de

¹ Ella debe su nombre, ya al antiguo culto de la luna allí establecido por los Cananecos, ya por el perfume de sus jardines. Etimológicamente, se puede justificar este doble origen. *Jericó* ó *Iairico* derivan, ya de *tarshá*, luna, ó de *rouah*, exhalar un olor. Estas dos etimologías están dadas por San Jerónimo. Lib. de nom. hebr.—Respecto á la Jericó herodiana, cf. Strab., I. XVI, cap. II, 41. Bell. Jud., IV, 8, 2, 3.

soberbios jardines, siempre regados y siempre frescos, bajo un cielo de fuego.

Cuando él se acercó, un ciego estaba sentado en la orilla del camino, mendigando.¹ Al oír pasar á la multitud, preguntó lo que era. Se le dijo:—Es Jesús el Nazareno quien pasa. Y él se puso á gritar:—Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!

Este homenaje mesiánico, saliendo de la boca de un desdichado, conmovió al Maestro. Los que marchaban á la cabeza del cortejo querían imponer silencio al ciego; pero él redoblaba su clamor:—Hijo de David, ten piedad de mí!

Jesús se detuvo, ordenó que se le hiciera venir; y cuando estuvo cerca de él, le dijo estas palabras:—“¿Qué quieres que yo te haga?”

—Señor, respondió el enfermo, que yo vea.—“Ve,” le dijo Jesús, “tu te te ha salvado.”

El ciego inmediatamente recobró la vista, y siguió á su Salvador, glorificando á Dios. El milagro conmovió á la multitud, que prorrumpió en alabanzas.²

Jesús entró á Jericó en triunfo. El no rechazó ya las aclamaciones populares, no impuso ya silencio á aquellos á quienes curó: dírase que él prepara su entrada próxima á Jerusalem.

Otro incidente que deja ver, en el candor de la narración, toda el alma de Jesús, señaló su paso á través de la ciudad.³

Entre la multitud aglomerada que quería acercarse al Profeta, había un hombre llamado Zaqueo. Por su situación de jefe de los publicanos, él pertenecía á esa clase de pecadores para la cual los Fariseos profesaban el más piadoso desprecio. El era rico; pero la riqueza, entonces, no hacía perdonar lo que los formalistas llamaban la impiedad. El no ignoraba evi-

¹ Luc., XVIII, 35, 43.

² Véase el Apéndice Q. Los ciegos de Jericó.

³ Luc., XIX, 1, 10.

dentemente que Jesús tenía la fama de ser el amigo de las gentes de su condición, y él tenía un deseo ardiente de verle, de tonocerle. Su pequeña estatura no le permitía dominar á la multitud, suplicó á los que estaban por delante y subió á un sycomoro, cerca del camino por donde debía pasar Jesús.

Llegado á este lugar, el Maestro levantó los ojos y le apercibió.—“Zaqueo,” le dijo, llamándole por su nombre, “haja pronto, es preciso que hoy me albergue en tu casa.”

El jefe de los alcabalersos bajo de prisa, y le recibió con alegría.

Esto produjo un escándalo en la multitud, en donde las costumbres fariseas formaban ley. Por todas partes se decía:—Ved él ha descendido con un pecador.

La presencia de Jesús bajo el techo de Zaqueo pareció haber súbitamente transformado al publicano. En pie delante del Señor, confesó las injusticias de su vida y manifestó, públicamente, su arrepentimiento y su penitencia.—Señor, dijo públicamente, yo daré á los pobres la mitad de mis bienes; y si yo he hecho mal á alguno sea en lo que fuere, yo le devolveré el cuádruplo.¹

Entonces Jesús dijo: “Esta casa ha recibido hoy la salvación. Este es también hijo de Abraham. El Hijo del hombre ha venido á salvar y á buscar lo que había percido.”

Esta anécdota es de aquellas en las que resplandece la misericordia de Jesús para los pecadores, las gentes despreciadas y desdeñadas de este mundo. Ellas eran frecuentes en su apostolado. Ellas han debido volver más vivamente á la memoria de los apóstoles y los discípulos, é imponerse más fuertemente á la atención de las primeras comunidades cristianas, cuando la buena nueva hallaba entre los paganos y el pueblo inferior de las provincias de Aria, en la Macedonia y la Grecia, una acogida tan ardiente. “Ved á los que son llamados, escri-

¹ La casuística del Talmud obliga á dar el cuádruplo de lo que se ha robado. Cf. Sanhedrin, fol. 25, 2. Maimon, in Peab, c. I.

bió San Pablo, no son numerosos los sabios, los nobles, los poderosos. Dios escogió á los ignorantes, á los débiles, á los oscuros, á los desdeñados de este mundo." La ley que había presidido al apostolado mesiánico se continuó en el apostolado de los discípulos. Se gustaba comprobarle, y el celo buscaba en ello un valor y una justificación.

El pecador Zaqueo ha permanecido el tipo de todos aquellos que, en su miseria, oyendo hablar de Jesús, el Salvador y el amigo de los publicanos, han deseado conocerle y verle, en su paso á través de la humanidad. El va delante de ese deseo, le agrada recibir la hospitalidad de esas naturalezas cuya sinceridad le afecta. El las visita, él las revela el desorden de su conciencia, les enseña el arrepentimiento y la resolución del bien; esos paganos afectuosos son derrepente transfigurados por la fe; vedlos en lo de adelante los verdaderos hijos de Abraham y los elegidos del Reino.

Una palabra del tercer Evangelio da á entender que, durante la permanencia de Jesús en Jericó, el pensamiento del Reino de Dios, de su manifestación próxima y resplandeciente, en Jerusalem mismo, agitaba á la opinión, tanto en la multitud como en los discípulos y en el cortejo íntimo de Jesús. La efervescencia era general, ella crecía á medida que se acercaba á la ciudad santa. No se dudaba absolutamente de lo que iba á producirse en realidad. El hombre vive de ilusiones; mezclando á la verdad sus propias quimeras, él no comprende los designios de Dios sino después de su cumplimiento. Sólo Jesús llevaba en su conciencia el peso de su vocación dolorosa; sólo él comprendía de qué manera trágica el Hijo del hombre iba á ser exaltado. Tranquilo y recogido en medio de la agitación de todos, él trataba con una sabiduría discreta, de disipar las ilusiones de los suyos. Esta sabiduría le inspiró una nueva parábola:

1 I Corint. I, 25, 28.

2 Luc., XIX, 11.

3 Luc., XIX, 12-17. Cf. Mat., XXV, 14-30.

—Un hombre de gran nacimiento se fué á un país lejano, á tomar posesión de un reinado para volver en seguida.

“El llamó á diez de sus servidores, y les dió diez minas,¹ diciéndoles:—Hacedlas valer hasta que yo vuelva.

“Ahora, los de su país le odiaban; y ellos enviaron cerca de él á diputados encargados de este mensaje: No queremos que éste reine sobre nosotros.

“Habiendo regresado, después de haber tomado posesión del reinado, hizo llamar á sus servidores á los que había dado dinero; para conocer el provecho que cada uno había sacado.

“Llegó el primero y dijo:—Señor, vuestra mina¹ ha producido otras diez minas.—Bien, mi buen servidor, tú has sido fiel en lo poco, por esto tendrás poder sobre diez ciudades.

“Llegó otro y dijo:—Señor, vuestra mina ha producido otras cinco.—Y tú, respondió el señor, serás establecido sobre cinco ciudades.

“Y un tercero llegó y dijo:—Señor, hé aquí vuestra mina, yo la he guardado, envuelta en un lienzo, porque yo he tenido miedo; vos soís un hombre severo, vos quitáis lo que no habéis puesto, y cosecháis lo que no habéis sembrado.

—“Yo te juzgo por tus palabras, servidor malo. Tú sabes que soy un hombre severo, quitando lo que no he puesto, cosechando lo que no he sembrado; ¿por qué entonces no has puesto mi dinero en el banco, á fin de que á mi regreso yo le retirase con provecho?

“Y él dijo á los que estaban presentes:—Quitadle la mina, dadla al que tiene diez.—Señor, dijeron ellos, él ya tiene diez minas.—Dad, dad, porque yo lo declaro, se dará á aquel que tiene, y él estará en la abundancia; y al que no tiene, se le quitará lo que tiene.

En cuanto á mis enemigos, aquellos que no han querido que yo reine sobre ellos, traedlos aquí, y matadles en mi presencia.”

¹ Moneda griega de plata que pesabáscien dracmas, y que valía, en peso, 67 pesetas.

El hombre de gran nacimiento es Jesús, el Hijo de Dios. El mundo es el país remoto á donde él viene á fundar su Reino.

Aquellos de su país que le odian, que no quieren que él reine sobre ellos, son los Judíos, sus propios conciudadanos. Los servidores á quienes confia las diez minas, ved á los llamados. La venida sobre la tierra no es sino el primer advenimiento del Reino, advenimiento doloroso, lleno de luchas y de oposición. El segundo advenimiento está en la potestad: Jesús juzgará soberanamente á los llamados, y hará sentir su cólera á los enemigos que han rehusado su reinado.

Entre ambos se desarrolla un período indeterminado, este es el tiempo del trabajo para los llamados: es preciso que ellos hagan fructificar el don divino. A este precio solamente, los llamados llegarán á ser sus escogidos.

El fin de la parábola es amenazador; él se dirige á aquellos mismos contra quienes Jesús va á empeñar la lucha decisiva. Llegará el tiempo en el que ellos sufrirán las santas represalias del Hijo del hombre por haber despreciado el derecho divino y ultrajado á la debilidad. Esas represalias comienzan desde este mundo. Lo mismo que los elegidos ya tienen el gusto anticipado de las misericordias infinitas, los maldecidos por Cristo experimentan un instante las terribles primicias de su justicia. Los romanos, incendiando destruyendo, á Jerusalem y degollando á sus hijos, no serán sino los instrumentos visibles de aquel que espera, oculto en la gloria y la potestad de su Padre, el siglo del pleno triunfo mesiánico sobre el universo renovado.

Al día siguiente, Jesús se volvió á poner en camino. El había señalado su entrada á Jericó por un milagro, él señaló igualmente su salida.

En la base de la montaña conocida actualmente bajo el nombre de A'Kabet-Djaber,—la antigua montaña de Adoummin,—estaban sentados dos ciegos, pidiendo limosna. La curación de la vispera habiendo sido sabida, inspiró á los dos enfermos

el mismo movimiento de fe que había aprovechado bien á su compañero de infortunio y que debía despertar de nuevo la compasión del Profeta.

Uno de ellos era conocido. Se le llamaba el Hijo de Timéo, Bar-timéo. Oyendo que pasaba Jesús el Nazareno, se puso á gritar con esa confianza ardiente que á menudo inspira la desgracia:—Jesús, hijo de David, tened piedad de mí!

La multitud precedía, y Jesús seguía.

Aquellos que estaban por delante amonestaban al ciego para que callase; pero él, redoblando sus súplicas, gritaba siempre más fuerte:—Hijo de David, tened piedad de mí!

Jesús se detuvo y ordenó que se le llevase al ciego. —Ten confianza, se le dijo, levántate, él te llama.

El ciego, arrojando su capa, se levantó de prisa y vino á Jesús que le preguntó:—¿Qué quieres que te haga?—Señor, que yo vea.—“Ve,” le dijo el Maestro; “tu fe te ha curado.”

E inmediatamente se puso en su seguimiento, glorificando á Dios.

Ese camino de Jericó á Jerusalem había visto á menudo á Jesús y á sus discípulos. Hace algunas semanas todavía, pasó él, dirigiéndose á la casa de Lázaro en Bethania. Hoy lo vuelve á pasar por la última vez, teniendo la cabeza del cortejo, tranquila, resuelta. Era un viernes, seis días antes de la Pascua. La fiesta cayó este año el 7 de Abril. Jesús no fué para nada á Jerusalem; dejó á la mayor parte de la caravana continuar su ruta, diseminarse en las inmediaciones del monte de los Olivos, é hizo alto en Bethania.¹

Su llegada debía ser conocida de antemano y esperada de sus amigos preferidos, quienes le hicieron una acogida llena de honor, tal como podría deseársela la ternura divina, el reconocimiento y el culto del que era el objeto.

Se le preparó la cena, al día siguiente, en la casa de Simón

el leproso, — un amigo, tal vez un pariente, de los amigos de Jesús. Marta sirvió; Lázaro el resucitado, estaba entre los convidados.

Durante la comida, una mujer llegó con un vaso de alabastro, lleno de un perfume de nardo escogido. Ella se acercó, rompió el vaso, derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús, ungió sus pies y los enjugó con sus cabellos.

El rito ordinario de la recepción de los huéspedes, — el agua en los pies, el perfume en la cabeza, — no bastó á esa mujer. Su alma ardiente tuvo una valiente inspiración; ella derramó como agua el licor precioso en los pies del Señor, y ella los enjugó con su cabellera. Toda la casa se llenó con el olor del perfume.

Pregúntase quién es esa mujer de quien el Evangelista no ha dicho el nombre; no es posible la vacilación, los menores detalles de la narración recuerdan á la hermana de Marta y de Lázaro, la pecadora convertida, María-Magdalena.

Semejantes actos, fuera de la fórmula recibida, no siempre son comprendidos por las naturalezas vulgares y bajas que juzgan todo bajo el punto de vista de lo que ellas llaman la conveniencia ó el interés.

Toda una libra del perfume más precioso acababa de perderse. Esto era una profusión de sentirse, excesiva pensaban algunos discípulos. Judas, hijo de Simón, el Iscariote, se hizo el intérprete de su descontento, y encubriendo su mal humor bajo una caridad hipócrita: — ¿No podía venderse ese perfume? exclamó. Ahí había por trescientos denarios. Se hubiera dado el precio á los pobres.

Aquel que habla de esta manera y que va á desempeñar un papel tan odioso, aparece nombrado por la primera vez en esta narración.

El era el tesorero de la pequeña comunidad, velaba por las provisiones, hacía las compras, preparaba las paradas del via-

¹ Mat., XXVI, 6-13; Marc., XIV, 3-9; Juan, XII, 2-8.

je. Uno de los Evangelistas nota que él ya hacía traición, en su cargo, á la confianza de su Maestro, apropiándose el dinero destinado al sustento de todos. Era un ladrón, dijo él, sin rebozo. Una mal sana ambición ha debido impulsarle á seguir á Jesús y retenerle cerca de él. El esperó ver satisfechos esos sueños de codicia en el Reino nuevo que se preparaba y que él pensaba, á la manera de sus contemporáneos, radiante del todo de abundancia terrestre y de gloria humana.

Carácter interesado y ávido, solapado y grosero, él había permanecido cerrado á la doctrina y á la influencia del Maestro. La santidad de Jesús no le transformó absolutamente para nada. Estas naturalezas, refractarias á la bondad de Dios, parecen predestinadas á la traición y al crimen.

Jesús tomó la defensa de María: — “Dejadla,” dijo á Judas, “ella ha guardado este perfume para el día de mi sepultura. Los pobres, siempre les tendréis con vosotros; pero á mí no siempre me tendréis.

“En verdad, yo os digo, por doquiera que este Evangelio sea predicado, — y lo será en el mundo entero, — se referirá lo que ella ha hecho, y ella será ensalzada.”

Los que sirven á Jesús y le honran públicamente, no serán olvidados lo mismo que él en este mundo en donde las obras humanas, las más resplandecientes, sin embargo, bien pronto palidecen y se borran. Ellos sobreviven con el Maestro, cubiertos de su propia gloria y de su inmortalidad. El perfume de Magdalena, derramado tan generosamente sobre los pies del Hijo del hombre, en la víspera de su sepultura, no se ha evaporado. Según la profecía de Jesús, él embalsama aún no sólo á la casa de Bethania, sino á la humanidad entera. Los creyentes veneran y celebran en todas partes á la mujer cuyo corazón ha sido tan delicadamente inspirado.

La alusión de Jesús á su muerte próxima arrojó un velo de

¹ Juan, XII, 6.

luto sobre todos los convidados, y la angustia debió entene-
cer el corazón de los amigos del Maestro.

Su presencia en Bethania era ya conocida en Jerusalem. Un
gran número de Judíos, con esta noticia, habían acudido para
verle, á él y á Lázaro. Los jefes del Sanhedrín habían dejado
entender que ni el mismo Lázaro escaparía. Este milagro vi-
viente les irritaba.

La razón de Estado, invocada por el sacerdote Kaifás, aconse-
jaba la violencia; cada vez se estaba más resuelto á la vio-
lencia.

Todo presagiaba una catástrofe; y esta vez, lejos de huirla,
Jesús iba á afrontarla.

LIBRO QUINTO.

MUERTE DE JESUS Y MAS ALLA.